

bam  
bú

# THEODOSIA

Y EL BÁCULO DE OSIRIS



Traducción de Diego de los Santos

R. L. LAFEVERS

Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

Título original: *Theodosia and the staff of Osiris*

© 2008, R. L. LaFevers, por el texto  
© 2022, Diego de los Santos, por la traducción  
© 2022, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Mercè López  
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2022  
ISBN: 978-84-8343-810-7  
Depósito legal: B 11171-2022  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión  
de este libro procede de bosques  
gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra solo puede ser realizada con la autoriza-  
ción de sus titulares, salvo excepción prevista  
por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de  
Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si  
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de  
esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 /  
/ 93 272 04 45).

# CAPÍTULO I

## UNA GRAN FIESTA

**E**l encaje de mi traje de fiesta picaba una barbaridad. No entiendo cómo pueden hacer cosas tan complejas como los automóviles o las máquinas voladoras y al mismo tiempo ser incapaces de inventar un encaje que no pique. Mi madre, por su parte, no parecía estar sufriendo ese mismo problema; tendría que prestar mucha atención a las otras señoras de la recepción de esa noche para ver si mostraban algún síntoma.

–Estás sorprendentemente callada, Theodosia –dijo mi padre, interrumpiendo mis pensamientos.

¿«Sorprendentemente»? ¿Qué había querido decir con eso?

–Pensaba que estarías hablando sin parar sobre la recepción de lord Chudleigh.

Esa noche iba a ser mi gran presentación en la vida profesional. Y pensaba saborearla a base de bien. Sería la primera niña de once años en codearse con todas aquellas personas. ¿Y si me pedían que diera un discurso? ¿A que sería fabuloso? Estaría allí plantada, con todas las miradas fijadas en mí –conservadores,

lores, sirs y toda clase de gente elegante–, y entonces... tendría que decir algo. Quizá lo del discurso no fuese tan buena idea, después de todo.

Mi madre apoyó una mano enguantada en el brazo de mi padre.

–Lo más probable es que esté nerviosa, Alistair. Va a ser la única niña entre tantos dignatarios y funcionarios importantes. A su edad, a mí se me habría trabado la lengua.

Bueno, eso no era demasiado reconfortante. Quizá debería haber estado más nerviosa todavía. El coche de caballos dobló una esquina y a mí se me revolvió el estómago.

Llegamos a la residencia de lord Chudleigh en Mayfair, una enorme mansión de ladrillo rojo con columnas y ventanas blancas. En la puerta, un mayordomo hizo una reverencia y saludó a mi padre por su nombre. Nos hicieron pasar al interior, donde había una multitud de personas, todas vestidas con trajes elegantes y abrigos de noche. El suelo era de mármol y en el vestíbulo había columnas griegas. En realidad, aquel lugar parecía un museo: urnas griegas, un busto de Julio César y hasta una armadura completa en posición de firmes. De repente, me alegré de llevar aquel encaje que me picaba; de lo contrario, me habría sentido espantosamente mal vestida.

Le di la mano a mi madre.

–La casa de lord Chudleigh es aún más grande que la de la abuela Throckmorton –susurré.

–Que no te oiga ella decir eso –contestó mi padre.

–¿Cómo va a oírme? –dije en tono de burla–. La abuela está muy lejos de aquí, en su propia mansión. –La mirada que me dirigió mi padre me dio que pensar–. ¿Verdad? –pregunté vacilante.

–Me temo que no –respondió en un tono cortante, como si él tampoco se alegrase mucho–. La abuela se mueve en los mismos círculos sociales que lord Chudleigh.

Era la típica noticia que podía echar a perder una noche entera. Cualquiera que no conociese a mi abuela podría considerar que estaba exagerando un poco.

Me quedé mirando a toda aquella gente, intentando ver a mi abuela. Si la veía yo primero, sería mucho más fácil evitarla.

«Aunque, en realidad, no debería preocuparme», me dije para mis adentros mientras entrábamos en la enorme sala de baile. Estaba intentando comportarme de la mejor manera posible y no tenía interés en llamar la atención. Ni siquiera mi abuela sería capaz de encontrarme un fallo. Solo que ella piensa que los niños en general, y yo en particular, deberíamos dejarnos ver lo menos posible y hacernos oír aún menos. Mi sola presencia allí sería una enorme afrenta a su sentido del decoro.

Sonaba música de fondo, pero nadie bailaba; todos estaban allí plantados, hablando y bebiendo champán. Nos abrimos paso entre los invitados hasta que un hombre alto que me resultaba vagamente familiar nos hizo señas para que nos acercásemos. Mi padre cambió inmediatamente de rumbo y nos llevó a mi madre y a mí hacia allí.

Cuando llegamos, aquel caballero se inclinó hacia delante y le dio una palmada a mi padre en la espalda.

–Ya era hora de que apareciera, Throckmorton. Al menos ha tenido el acierto de traer a su encantadora esposa.

Mamá extendió la mano, pero en lugar de estrechársela, el hombre se la llevó a los labios y la besó. «Más le vale no intentar hacerme eso a mí», pensé. Por suerte, no lo hizo. De hecho, actuó

como si yo no estuviera allí hasta que mi padre carraspeó y me apoyó la mano en el hombro.

–Y esta es mi hija Theodosia, lord Chudleigh. De la que estuvimos hablando.

–¡Ah, sí! –Lord Chudleigh se agachó y me miró–. Nuestra nueva pequeña arqueóloga, ¿eh? Sigues los pasos de tu madre, ¿verdad, niña? Bien hecho.

Me dio una palmadita en la cabeza. Como a una mascota. ¡Perdóneme usted, pero no se puede ir por ahí dando palmaditas en la cabeza a las personas como si fueran perros!

Mi padre me apretó el hombro con la mano en señal de advertencia silenciosa.

–Bueno, ¿qué es eso que cuentan de que tiene un nuevo objeto de su propiedad? –preguntó mi padre.

Chudleigh parecía muy pagado de sí mismo.

–Después de que ustedes regresaran a Londres a toda prisa, tuve que ir corriendo a Tebas para proteger el yacimiento.

Mi padre hizo una ligera mueca.

–Ya me lo había dicho –contestó, y en voz baja añadió–: Tres veces. –Luego, en un tono más alto, prosiguió–: Lo siento mucho. Si mi hijo no se hubiera puesto tan enfermo...

–Me sentó bien salir y hacer lo mismo que hacen ustedes sobre el terreno. –Chudleigh le dio un codazo a mi padre–. Además, tuve ocasión de encontrar algo yo mismo. Estaba a la vista de cualquiera que pasase por allí. No sé por qué usted y su esposa no lo enviaron directamente con el primer lote. De hecho, esta noche tengo un regalo para todos. –Sacó pecho y se balanceó sobre los talones–. En honor a mi último hallazgo, ¡vamos a desenvolver una momia!

¡Desenvolver una momia! Se me revolvió el estómago solo de pensarlo. ¿Es que aquel hombre no entendía que la momifi-

cación era un rito mortuario sagrado para los antiguos egipcios?  
¿Que desenvolver una momia equivaldría a desnudar el cadáver de su abuelo?

–Oiga –dije, pero mi padre volvió a presionarme el hombro con la mano. Tuvo que estar a punto de hacerme un moratón.

–Fascinante –se limitó a decir–. Estamos deseando verlo.

–Bien, bien. Ya lo suponía –contestó Chudleigh asintiendo con la cabeza.

Mi padre se disculpó, nos agarró a mamá y a mí del codo y nos alejó de allí.

–Pensaba que las fiestas de desenvolvimientos de momias habían desaparecido con la reina Victoria –murmuró mi madre.

Cuando nadie podía oírnos, me giré hacia mi padre.

–¿Por qué no has dicho nada? Es una profanación, ¿no?

–Sí, supongo que sí, Theodosia. Pero no soy responsable de cada momia que sale de Egipto, ¿sabes? Además, lord Chudleigh está en el consejo de administración del museo. No puedo arriesgarme a que me tome manía, y seguro que lo conseguiría si le dijera que desenvolver su nueva momia es una mala práctica.

Me volví hacia mi madre.

–Ah, no –dijo ella–. A mí no me mires. Bastante difícil lo tengo ya siendo una mujer en este campo. No puedo permitirme ninguna muestra de sentimentalismo o emoción.

Bueno, tenía que intentarlo.

–¿Dónde pensáis que encontró la momia? –pregunté–. No vi ninguna en la tumba ni en el anexo. ¿Y tú, padre?

–Pues no. Pero estaba concentrado en sacarte de allí y ponerte a salvo. En fin, acabemos cuanto antes con esta noche tan espantosa. ¡Uf!

Mamá retiró el codo de las costillas de papá.

–Deberíamos considerarla una ocasión especial –le recordó.

Efectivamente, esperaba pasar una velada agradable con mis padres. También esperaba que el hecho de haberme puesto ropa elegante y de asistir a una de sus reuniones en sociedad les hiciera verme de otro modo.

O simplemente que me viesen, en lugar de pasarse la velada mirando por encima de mi cabeza a otros adultos.

Hice como que no los había oído y me puse de puntillas para intentar localizar la momia. Me costaba creer que hubiera pasado por alto una momia que estaba a la vista de todos, aunque me persiguieran las Serpientes del Caos.

No vi nada. Había demasiada gente, y todos eran más altos que yo. Cuando volví a bajar la vista, me encontré con un hombre mayor que me examinaba con un monóculo como si yo fuera un bicho clavado en un alfiler. Una mujer rechoncha, vestida con volantes de color mostaza, se apoyó los impertinentes en el puente de la nariz e hizo una muestra de desaprobación. ¡Por favor! Cualquiera diría que nunca habían visto a una niña de once años.

–Supongo que lo mejor será que vayamos a saludar a mi madre.

Papá lo propuso con el mismo entusiasmo que podría haber mostrado por saltar desde el puente de Londres al agua infecta y helada del río Támesis.

Y eso era justo lo que sentía yo al ver a la abuela, la verdad sea dicha. Por suerte, la multitud se movió en ese preciso momento y vi a alguien conocido.

–¡Mira, padre! Ahí está lord Snowthorpe.

Aunque no era una de mis personas favoritas, sí estaba al lado de una de mis personas favoritas: lord Wigmore. No obstante, se suponía que yo no sabía que Wigmore existía, ya que

era el jefe de la Venerable Hermandad de los Guardianes, una organización secreta encargada de vigilar todos los objetos sagrados del país. Teniendo en cuenta que el Imperio británico había acumulado un buen número de reliquias y objetos embrujados, su trabajo no era moco de pavo. La Hermandad era la única defensa de nuestro país contra cualquier magia antigua desatada por alguien para hacernos daño. Bueno, y yo también, claro. Saludé con la mano a los dos hombres.

–¡No, Theo! –dijo mi padre entre dientes–. No quiero hablar con...

–¡Throckmorton! –gritó lord Snowthorpe.

–Maldición. Mira lo que has hecho.

¿Es que mi padre no se daba cuenta de que era preferible aguantar a Snowthorpe que a la abuela? Además, esperaba que alguno de aquellos caballeros sintiera tanto rechazo como nosotros por el desenvolvimiento de la momia. Como no trabajaban para lord Chudleigh, quizá pudieran impedirlo.

Cuando llegamos a donde estaba Snowthorpe, lord Wigmore me guiñó un ojo y negó ligeramente con la cabeza para indicarme que no debía dar a entender que lo conocía. Le devolví el guiño.

Se intercambiaron un montón de saludos calurosos de lo más falsos y se miraron como si se alegrasen de verse, y Snowthorpe enseguida pasó a su verdadero motivo para querer saludar: fisgonear.

–Oigan, ¿llegó a aparecer el Corazón de Egipto que les robaron? –preguntó.

Mi padre se puso tenso y mi madre levantó la nariz.

–Me temo que no –contestó ella–. El ladrón escapó sin dejar rastro.

Ese era un tema que no me habría importado evitar durante un tiempo. Toda una vida, podría decirse. Mis padres no tenían ni idea de que había sido yo quien había devuelto el Corazón de Egipto a su morada definitiva en el Valle de los Reyes. Era el único modo de anular la espantosa maldición con la que estaba infectado aquel objeto. Por supuesto, había recibido un poco de ayuda de Wigmere y de su Venerable Hermandad de los Guardianes, pero eso mis padres tampoco lo sabían.

–Entonces ¿por qué me contaron todas esas paparruchas de que lo estaban limpiando? –preguntó Snowthorpe.

–Pues... –Mi padre miró a mi madre desesperado. Ella le devolvió la mirada, confiando en que se le ocurriese algo que decir.

No podían parecer más culpables ni intentándolo a propósito, así que tomé la palabra.

–Las autoridades nos habían pedido que guardásemos silencio mientras hacían algunas averiguaciones. No querían que los autores se enterasen de cuánto sabían o de quién sospechaban.

Cuatro pares de ojos me miraron sorprendidos.

–¿No fue eso lo que dijeron, padre?

–Sí –contestó, siguiéndome la corriente–. Eso fue justo lo que dijeron.

A Wigmere se le movió el bigote ligeramente.

–Presénteme a esta encantadora joven, Throckmorton.

¡Como si necesitásemos presentación! Total, solo habíamos colaborado para evitar una de las peores crisis que ha llegado a suelo británico.

–Perdóneme. Lord Wigmere, le presento a mi hija, Theodosia Throckmorton. Theodosia, te presento a lord Wigmere, presidente de la Sociedad de Anticuarios.

Hice una reverencia.

–Encantada de conocerlo.

–Lo mismo digo.

Antes de que Snowthorpe pudiera empezar a hablar de nuevo del Corazón de Egipto, decidí plantearles lo que me preocupaba.

–¿Saben lo que tiene planeado lord Chudleigh para esta noche?

Noté que mi padre fruncía el ceño, pero hice como que no me daba cuenta, algo bastante difícil teniendo en cuenta que su mirada acalorada amenazaba con derretirme el cráneo.

A Snowthorpe se le iluminó la cara.

–¿Te refieres al desenvolvimiento de la momia?

–Sí, pero ¿no creen que está mal hacerlo como... entretenimiento?

Snowthorpe desestimó mis palabras con un gesto de la mano.

–¡En absoluto! Es bueno para el negocio. A la gente le encantan las momias y, cuando aumenta su interés, también lo hace la venta de entradas del museo.

–Pero ¿no es una profanación?

La expresión agradable del rostro de Snowthorpe desapareció de un plumazo y me miró casi como si me estuviera viendo por primera vez.

–Hablas igual que Wigmere. Si lograra salirse con la suya, nos haría devolver todos nuestros objetos a Egipto.

Bueno, al menos los que estuviesen malditos. Le lancé una mirada suplicante a Wigmere, pero este negó con la cabeza comprensivamente.

–Ya lo he intentado y no he conseguido nada. Chudleigh está demasiado empeñado en divertirse.

Me invadió la decepción. Miré por encima del hombro. La multitud se había dispersado un poco. Vi fugazmente una mesa

con muchos invitados apiñados alrededor, pero no alcancé a distinguir la momia.

Sinceramente, aquella fiesta no era nada divertida. Desde luego, no era lo que yo calificaría como una fiesta propiamente dicha. Vi a otro vejestorio mirándome fijamente y me di cuenta de que aquel examen minucioso me había dado una sed bestial. De repente, se me antojó tomarme un vaso de refresco de limón o una cerveza de jengibre fría. Mientras buscaba entre la multitud al camarero, otra anciana me examinó con sus gemelos. Arrugué la nariz. ¿Es que no se daban cuenta de lo groseros que resultaban?

La mujer bajó los anteojos y me quedé consternada al encontrarme con la cara sorprendida de la abuela Throckmorton. Me di la vuelta rápidamente, fingiendo no haberla visto.

Unos segundos después, un lacayo de aspecto muy estirado apareció junto a mi padre.

–La señora desea que le pida que la atienda inmediatamente.

–¿Cómo? –preguntó, y entonces vio a su madre–. ¡Ah, sí, por supuesto!

Se despidió de Wigmere y Snowthorpe y nos llevó hasta donde estaba la abuela hablando con un hombre más bien bajo y con forma de tonel.

Cuando llegamos, ella le ofreció su mejilla a mi padre para que la besara, y él así lo hizo (a regañadientes, estoy segura). Luego, ella se volvió hacia mi madre e inclinó levemente la cabeza.

–Henrietta.

–Señora –contestó mi madre, asintiendo.

Mi abuela hizo como si yo no estuviese allí. Seguía sin hablarme por haberme escapado mientras estaba a su cuidado. Aun

así, quería demostrarle que podía ser educada, no como ella, y le hice mi mejor reverencia.

–¿Cómo estás, abuela? Me alegro de volver a verte.

Ella resopló en señal de desaprobación, y acto seguido le preguntó a mi padre:

–¿Qué hace aquí?

–Vamos, madre. Encontrar el anexo a la tumba de Amenhab fue una hazaña extraordinaria. Lord Chudleigh propuso que la trajésemos para celebrar su primer hallazgo para el museo.

–Este no es lugar para niños. Además, su horario ya es demasiado inadmisibile. Si no puedes ocuparte correctamente de su educación, tal vez debería hacerme cargo yo de ella. –La abuela me observó durante unos segundos antes de añadir–: ¿Has conseguido encontrarle una nueva institutriz?

Mis padres intercambiaron una mirada de culpabilidad. Me di cuenta de que se les había olvidado por completo.

–Aún no. Pero seguimos buscando.

Mi madre no vio la mirada de desprecio que le dirigió la abuela, pero yo sí. Entorné los ojos y fulminé a la vieja con la mirada.

No obstante, ella estaba tan ocupada haciendo como que yo no existía que no me vio. Se volvió hacia el hombre que estaba a su lado. Me quedé pensando en la propuesta de que la abuela supervisara mi educación. Me debatía entre lo que me horrorizaba la idea y lo que me enfurecía su manera de tratar a mi madre.

–Alistair, quiero presentarte al almirante Sopcoate.

El almirante tenía una cara alegre. Me miró a los ojos y sonrió. Me cayó bien de inmediato. Le estrechó la mano a mi padre.

–¿A qué se dedicaba usted, Throckmorton?

Mi padre abrió la boca para contestar, pero la abuela no le dejó hablar.

–Es el conservador jefe del Museo de Leyendas y Antigüedades.

Cuando la abuela se calló, papá intervino rápidamente:

–Y esta es mi mujer, Henrietta. Es la arqueóloga del museo y nos trae objetos espectaculares.

La abuela resopló.

–Y esta es mi hija, Theodosia –prosiguió mi padre.

El almirante Sopcoate me estrechó la mano. (¡Nada de palmaditas en la cabeza ni besos en el dorso! Normal que me cayese bien.)

–Encantado de conocerte, querida.

–Igualmente. –Como seguía decidida a comportarme lo mejor posible, añadí–: ¿Le gustaría venir a ver nuestro museo algún día? Nos encantaría enseñárselo.

Los ojos de la abuela se encendieron de pura irritación. Me miró fijamente como diciendo: «No te atrevas a hablar de nuevo en mi presencia», y se volvió hacia el almirante.

–Estábamos comentando la nueva incorporación del almirante Sopcoate a la flota nacional, el Dreadnought.

–¡Sí! ¿Lo ha visto ya, Throckmorton? –preguntó Sopcoate.

–Me temo que no –contestó mi padre–. Aunque algo he leído en el periódico.

–El Dreadnought es la nueva joya de la corona de la flota de Su Majestad –explicó el almirante–. Hace que los demás acorazados del mundo parezcan obsoletos.

–Yo creo que todos los acorazados son pocos –intervino la abuela–, sobre todo ahora que Alemania está decidida a convertirse en la mayor potencia naval del mundo.

–Vamos, vamos, Lavinia –la tranquilizó el almirante Sopcoate–. La Armada británica es el doble de fuerte que las dos siguientes juntas.

¡Lavinia! ¡La había llamado por su nombre de pila! Ya ni siquiera recordaba que lo tuviese.

–No si Alemania se sale con la suya –respondió ella con pesimismo–. Están decididos a desafiar nuestra superioridad naval.

–No te preocupes –dijo Sopcoate guiñándole un ojo–. En cuanto esos alemanes vean el Dreadnought, aparcarán sus ideas descabelladas de ponerse al mismo nivel que Inglaterra.

–Pero ¿eso no es como tenderle una trampa a un oso? –preguntó mi padre–. ¿Cómo sabe que eso no hará que se decidan a construir aún más acorazados?

¿Los adultos no son capaces de hablar de otra cosa que no sea política y guerra? Sabía que los alemanes y los británicos estaban enfrentados, pero si alguien me hubiera preguntado –aunque nadie lo hacía nunca–, le habría contestado que la culpa la tenían las Serpientes del Caos. Era una organización secreta que se dedicaba a sembrar el desconcierto en su afán por dominar el mundo. En concreto, querían que Alemania y Gran Bretaña se enfrentasen. Pretendían que reinasen la inestabilidad y el desorden más absoluto para poder hacerse con el poder. Sin embargo, ahora que Wigmere y yo habíamos desbaratado sus planes, aquellos rumores de guerra seguramente se calmarían.

Por suerte, antes de que los adultos pudieran seguir hablando más de la cuenta, nos interrumpió un tenue sonido metálico. Lord Chudleigh estaba golpeando su copa de champán con un pequeño tenedor.

–Ha llegado el momento, amigos. Acérquense. No dejen pasar la oportunidad de ver el desenvolvimiento de una momia, la revelación de los secretos de los egipcios.

Un murmullo de emoción recorrió la multitud y todos se acercaron a la mesa en la que yacía la momia. Tiré de la mano de mi padre.

–¿Tengo que mirar? ¿No puedo esperar allí?

Me dio una palmadita en el hombro.

–No hay nada que temer, ¿sabes?

¡Pues claro que lo sabía! No era esa la cuestión. Simplemente me parecía mal desenvolver a la pobre momia delante de todos aquellos invitados embobados a los que les importaba un bledo el antiguo Egipto y la investigación académica de sus prácticas funerarias.

A medida que nos acercábamos, intenté colocarme detrás de mis padres, pero el almirante Sopcoate se hizo a un lado.

–Aquí, jovencita. Ponte delante de mí para verlo mejor. ¿No querrás perdértelo?

Por supuesto, solo intentaba ser amable. Abrí la boca para decir: «No, gracias», pero vi que mi abuela me estaba mirando. Sus ojos brillantes me advertían de que ni se me ocurriese negarme. Reprimí un suspiro y di un paso al frente. Estaba en primera fila, a apenas un metro de la momia, que yacía sobre la mesa.

–Esta momia no identificada fue hallada dentro de la tumba de Amenemhab, descubierta recientemente –anunció Chudleigh–. Esperamos que, al desenvolverla esta noche, descubramos quién era y podamos conocer algo más sobre el misterio de la momificación. ¿Están listos?

Casi todos los presentes asintieron.

–Throckmorton, Snowthorpe, ¿podrían hacer los honores, por favor?

Mi padre parpadeó sorprendido. Enseguida ocultó la expresión de desagrado que se extendía por su rostro y dio un paso al frente diligentemente.

–Empecemos por los pies, ¿de acuerdo? –propuso Snowthorpe.

Pensé en cerrar los ojos, pero me pregunté si la abuela Throckmorton sería capaz de notarlo. Para intentar comprobarlo, bajé los párpados... solo durante unos segundos. Inmediatamente noté un golpe en el omóplato y un resoplido de desaprobación.

Abrí los ojos y por un momento pensé en darle un pañuelo para que se sonase la nariz. ¡Por favor! No entendía que fuera un gesto de mala educación cerrar los ojos y en cambio que estuviera bien resoplar constantemente, como uno de esos cerdos capaces de desenterrar trufas.

Volví a concentrarme en lo que tenía delante, pero miré fijamente a mi padre en lugar de a la momia.

Se tarda un rato sorprendentemente largo en desenvolver una momia. Para entretener a sus invitados, lord Chudleigh se dedicó a hablar de leyendas y maldiciones sobre momias, las tonterías más sensacionalistas que se le ocurrieron, y casi ninguna se acercaba a la verdad. Cuando llegó a la parte en la que explicaba que trituraban a las momias para ingerirlas por sus propiedades mágicas –que era cierta, por desgracia–, se me revolvió tanto el estómago que grité:

–Esta no irá a triturarla, ¿verdad?

Se hizo un largo silencio en el que todos me miraron fijamente, y de repente recordé mi promesa de no llamar la atención.

Chudleigh soltó una risa falsa.

–No, no. Por supuesto que no. Esta formará parte de mi colección personal.

–Ah. Disculpe –dije, y prometí mantener la boca cerrada a partir de entonces.

Por fin mi padre y Snowthorpe llegaron a la cabeza de la momia. Seguí mirando fijamente la cara de mi padre. Cuando le quitaron la última venda, los presentes, encantados, soltaron un grito de horror.

«No pienso mirar, no pienso mirar», me dije. Pero a veces, cuanto más te concentras en no hacer algo, más te apetece hacerlo. Al final, la curiosidad pudo más que yo y miré.

–¡Contemplen al desconocido sacerdote de Amenemhab!  
–gritó lord Chudleigh.

Un aplauso recorrió la multitud. Sin poder evitarlo, di un paso al frente con los ojos fijos en el rostro de la momia.

Lo había visto hacía apenas unos meses, cuando había tenido que enfrentarme a tres de las Serpientes del Caos en la tumba de Tutmosis III. Las palabras de su líder retumbaron en mis oídos: «Ya me ha fallado dos veces. No habrá una tercera».

–Oh, no, lord Chudleigh. –Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera evitarlo–. Ese no es un sacerdote desconocido de la dinastía XVIII. Es el señor Tetley. Del Museo Británico.

## CAPÍTULO 2

# VUELVE EL CAOS

**L**os presentes estallaron en exclamaciones de asombro. Mi padre me miró raro.

–¿Conoces a Tetley?

–¿Qué demonios dices? –preguntó Chudleigh.

A mis espaldas, oí que la abuela decía:

–Esta vez se ha pasado de la raya.

Justo cuando intentó agarrarme con su mano en forma de garra, di tres zancadas al frente y contesté primero a la pregunta menos arriesgada.

–Intento explicar que no se trata de una momia del antiguo Egipto, sino de una falsificación muy reciente.

Una expresión de indignación se instaló en el rostro de Chudleigh, que intentó disimularla infructuosamente con una bravata.

–Vaya, vaya. ¿Qué puede saber una niña sobre momias? Seguro que no mucho.

–Pues se equivoca, señor. –El grito horrorizado de mi abuela me hizo comprender que había sonado maleducada, aunque solo

intentaba aclarar que por supuesto que sabía cosas sobre momias—. ¿Ve que no hay amuletos entre las vendas? Eso es algo muy inusual. Y mire esto: no lleva túnica de lino, ni falda, ni siquiera un taparrabos. Lleva... un traje combinado.

Noté que me sonrojaba y oí jaleo detrás de mí.

—¡Traigan unas sales aromáticas! —gritó alguien.

Miré por encima del hombro y vi al almirante Sopcoate arrastrar a la abuela Throckmorton hasta un sofá. Tragué saliva y me volví para mirar a mi padre y a lord Chudleigh, que estaba bastante colorado.

—Veamos...

Mi padre se tiró del cuello de la camisa.

—Me temo que ha señalado algunas irregularidades muy legítimas, señor.

A Chudleigh no pareció gustarle que alguien confirmase mi opinión. Temiendo que pensase que mi padre solo estaba defendiéndome, me dirigí a lord Snowthorpe. Si alguien podía reconocer a Tetley, era él.

—¿Qué piensa usted, señor?

Con una gran reticencia, como si no quisiera estar cerca del centro de la polémica que se avecinaba, Snowthorpe me miró primero a mí y luego a Chudleigh, que estaba cada vez más colorado. Temí que el pobre hombre fuera a sufrir una apoplejía.

—¿Reconoce a la momia? —pregunté.

Snowthorpe me miró con condescendencia.

—Vamos, vamos, mi querida niña. Agradezco la fe que depositas en mí, pero no puedo reconocer a todas las momias de Egipto.

Estaba claro que aquel hombre tenía el cerebro del tamaño de un guisante. Mientras reprimía una frustración cada vez mayor, lo intenté de nuevo.

–Sí, pero ¿no le resulta familiar? ¿No ha visto esa cara antes? Snowthorpe parecía horrorizado.

–¿Dónde podría haber visto esa cara antes?

Hice una mueca de dolor.

–Échele un vistazo rápido. Si de verdad es el señor Tetley, del Museo Británico, usted lo sabrá mejor que yo.

–Eso, eso –dijo Chudleigh–. Venga a echar un vistazo y demuestre que esta pobre niña está totalmente equivocada.

Snowthorpe se acercó a la cabeza de la momia y se llevó el monóculo al ojo.

–Bueno, Tetley ciertamente ha estado desaparecido las últimas semanas. Salió de la oficina una mañana y ya no volvió.

–O sea, que es posible –dije.

Chudleigh me fulminó con la mirada.

–Pero ¡eso no demuestra que fuera hasta Egipto y se convirtiese en una momia!

–Estoy segura de que no lo hizo a propósito.

Mi padre me agarró del codo y me alejó unos pasos de Chudleigh.

–¿De qué demonios conoces tú a Tetley? –preguntó en un susurro acalorado.

Vaya. Esperaba que hubiese olvidado esa pregunta en concreto.

–Una vez me resultó muy útil. En mi última visita al Museo Británico.

–¿Se puede saber qué hacías allí? –preguntó.

–Solo estaba vigilando a la competencia, padre –contesté en voz baja–. No lo disfruté ni un poco.

Su rostro se relajó.

–Eso espero –dijo. Acto seguido, llamó a Snowthorpe–. ¿Y bien? ¿Qué le parece? ¿Es ese tal Tetley?

Snowthorpe levantó la vista. Tenía el rostro blanco como el papel.

–Sí –contestó muy bajito–. Me temo que sí.

Los presentes volvieron a estallar en susurros sorprendidos que retumbaron por toda la sala. Chudleigh me fulminó con una mirada que decía claramente que pensaba que todo aquello era culpa mía, como si yo misma hubiera planeado el engaño.

Alguien se adelantó para ponerse a mi lado, y me alivió que fuese Wigmore. Por fin alguien aportaría algo de sentido común.

Wigmore les hizo un gesto a los demás para que se acercasen.

–Si de verdad es Tetley, tenemos que considerarlo un acto delictivo y avisar a las autoridades –dijo en voz baja.

Chudleigh dio un paso atrás, horrorizado.

–¿Está loco? ¡Piense en el escándalo!

No estaba segura de cuál consideraba Chudleigh que era el escándalo, si el acto delictivo o el hecho de quedar como un bobo ignorante.

–Es ineludible –dijo Wigmore.

–Bueno, déjame al menos despedir a esta gente –respondió Chudleigh. Me miró como si fuera un queso de cerdo podrido que acabase de aparecer en el suelo–. Chica lista –añadió, pero no era un cumplido, sino más bien una maldición.

–Lo siento mucho –oí que decía mi padre–. Mi hija lleva rodeada de objetos egipcios desde que aprendió a andar. Era inevitable que aprendiese algunas cosas.

–Una manera totalmente antinatural de educar a una niña –murmuró Snowthorpe.

–No le hemos pedido su opinión –dijo mi padre irritado.

Chudleigh comenzó a alejarse, rígido como una tabla.

–No es normal que sea tan lista –refunfuñó.

Mi padre me miró por última vez y se apresuró a seguirlo para intentar suavizar las cosas. Yo me quedé plantada junto a Wigmere.

–Es Tetley –susurré–. Estoy segura.

–En ese caso, ¿sabes lo que significa esto? –Apartó la vista de la momia y depositó en mí todo el peso de su mirada–. Las Serpientes del Caos querían que lo descubriésemos. Querían mandarnos un mensaje.

Al mencionar a la organización secreta, noté que se me seca la boca. Casi me dio miedo preguntárselo.

–¿Y qué mensaje es ese, señor?

–Que volveremos a tener noticias tuyas. Van a actuar de nuevo. Y pronto.

Me giré para mirar a la multitud, esperando ver a Von Braggenschnott o a Bollingsworth allí acechando. Pero no, solo estaba lord Chudleigh, despidiendo apresuradamente a sus invitados.

–¿Cree que él está involucrado?

Wigmere miró hacia donde yo estaba mirando.

–Lo dudo. Para empezar, no estoy seguro de que sea lo bastante listo. Las Serpientes del Caos no suelen emplear a idiotas.

Wigmere parecía convencido, pero yo no lo estaba tanto. Me pareció que no sería difícil ocultar una mente aguda bajo toda aquella fanfarronería y jovialidad.

Vi que algo se movía con el rabillo del ojo. La abuela Throckmorton estaba despidiéndose con la mano del almirante Soppoate. En ese momento levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. La ira que sentía hacia mí pareció darle fuerzas y se puso en pie. Miré desesperadamente a mi alrededor, buscando a mi madre o a mi padre, pero seguían rondando a lord Chudleigh con la esperanza de apaciguarlo.

Cuando la abuela llegó a donde yo estaba, me miró con cara de amargura.

–Esta vez te has pasado. Alguien tiene que meterte en cintura. Si no se encargan tus padres, tendré que hacerlo yo.

Tampoco es que yo le hubiera hecho nada al pobre hombre. ¡Solo me había percatado de que la momia no era de un antiguo egipcio! ¿Es que nadie se daba cuenta de que eso significaba que alguien había sido asesinado? ¿Y que el cadáver estaba apoyado contra el papel pintado de muaré que teníamos delante de nuestras narices?

Está claro que a algunas personas les falta amplitud de miras.